

LOS HIJOS DEL ÁNGEL

Por

Ángeles Goyanes

Capítulo 1

...Y yo, yo tomé de los dos el menos trillado

–¡En este colegio tenemos unas normas, señor Suarez! –bramó el profesor.

Espatarrado en su pupitre de la última fila del aula, el señor Suarez paseó una mirada de asqueado hartazgo entre los alumnos, que fue finalmente a fijarse, desafiante, en el rostro adusto del profesor.

–¿Quiere hacer el favor de sentarse como es debido, o he de enviarle de nuevo al despacho del director?

El señor Suarez, a quien su madre y algunas chicas llamaban Rick, se mordió los labios en un gesto de resignación y se incorporó en su silla.

El alto y robusto profesor permaneció erguido frente a él, contemplando con notorio disgusto la franja morada que, desde la frente a la nuca, atravesaba el cabello rubio oscuro del chico. Rick le devolvió una mirada adornada por una sonrisa insolente.

–No sólo es usted un alumno mediocre, sino también sucio y maleducado. A menos que se corrija desde ahora, le auguro un pésimo futuro. Y si vuelve a presentarse en mi clase con aspecto de payaso le expulsaré de inmediato. Queda advertido.

La rígida faz de ojos oscuros apenas se alteraba ya ante ninguna provocación. El insólito bigote, cuyos largos extremos se curvaban hacia arriba, estaba encanecido, al igual que el escaso cabello, y en ello estaba convencido de que no tenían poco que ver estúpidos jovencitos como aquél, cuya misión en la vida no parecía ser otra que hacer perder el tiempo a los demás, entorpeciendo el ritmo académico. Otros profesores se achantaban ante ellos y perecían víctimas de un sistema que prima los derechos de los gamberros sobre los de quienes dedican su vida a la educación, pero él no, y los chicos como ése lo sabrían. Dio la vuelta y cruzó el aula hasta el estrado, seguido por la mirada amarga, dolida y levemente iracunda del aludido.

Los compañeros, que habían encontrado en la escena unos momentos de relax y escape ante la amenaza de ser llamados a la pizarra, fueron volviéndose perezosamente y Rick dejó de sentir el peso de todas las miradas sobre él.

–No le haga caso –susurró Ruth, la muchacha que se sentaba a su lado–. Es un imbécil. La tiene tomada contigo.

Él se encogió de hombros.

–Que le den –musitó.

La joven inclinó la cabeza sobre los apuntes y se acarició el cabello. Buscaba las palabras.

Él la miró de reojo por un instante. Era maja. Hasta la encontraba mona, aunque como muchas otras. Nada especial.

En la clase reinaba un silencio absoluto. En lo alto de la tarima, de pie junto a una inacabable ecuación que había escrito en la pizarra, la vista aguda del profesor sobrevolaba el aula en busca de una víctima. Las cabezas de todos se agachaban como avestruces, fingiéndose inmersas en los libros, conteniendo la respiración a fin de no hacerse notar, mientras rezaban por no ser los escogidos.

Ruth también se hallaba nerviosa, pero no era debido a la ecuación. Rick le gustaba y, consciente de que él no estaba lo bastante interesado como para dar el primer paso, planeaba la forma de proponerle una cita.

El desdichado fue finalmente elegido y las cabezas se elevaron, los músculos se

relajaron y los pulmones se llenaron de nuevo.

–¿Vienes luego a los billares? –Ruth lo soltó lo más rápido y desenfadadamente que pudo–. Vamos todos.

Él la contempló con algo de sorpresa. “Todos” no era nadie que a él pudiese interesarle.

–No me gusta jugar al billar –le respondió.

–Ah –murmuró ella, dirigiendo la mirada hacia sus apuntes. Llevó la mano a su nuca y, con un gesto rápido, impulsó hacia delante su larga trenza dorada.

–¿Y al cine? –volvió a preguntar, mientras calmaba los nervios jugueteando con ella.

Él hizo un mohín que implicaba que la desaprobación no era absoluta.

–¿Quiénes vais? –preguntó.

–No... –musitó ella ruborizándose–. Me refiero a... tú y yo...

Rick la miró y la encontró nerviosa, casi asustada. Sonrió sin poder evitarlo. No es que la considerase tan inadmisibile como a las demás. Era inteligente, buena amiga, audaz y resuelta, pero sin ese dinamismo hiperactivo de las tontas, y probablemente capaz de pasar unas horas a solas con otra persona sin caer en embarazosos momentos de aburrimiento.

–Pues... –empezó a contestar.

–¡Señor Suarez! –el rugido del profesor hizo saltar en sus asientos a varios alumnos y, desde luego, a Rick–. ¿Considera que no ha tenido suficiente protagonismo por hoy, que no ha robado suficiente tiempo a los alumnos de esta clase que aún tiene que continuar privando del derecho a la educación a su compañera de pupitre?

Ruth, de inmediato, inició la defensa de su compañero.

–Ha sido culpa mía, señor Tejerina. Últimamente no veo bien de lejos y no entendía lo que ha escrito usted en la pizarra.

El profesor observó atentamente a Ruth con indisimulado recelo y una respuesta insultante lamiéndole los labios. Indudablemente los atractivos del chico la estaban induciendo a mentir, pero no había forma de asegurarse, y Ruth era una de sus más brillantes alumnas.

–Una sola palabra más y los expulsaré a ambos –se contentó con amenazar.

En aquel momento, unos golpes en la puerta dieron paso a un joven de un curso superior.

–Buenas tardes, señor Tejerina. El director quiere ver a Ricardo Suarez en su despacho

–¿Ahora?

–Sí, señor.

El profesor se volvió a Rick trasasándole con una mirada sardónica.

–¿Qué ha hecho esta vez, Suarez? –le preguntó sin disimular su satisfacción ante la nueva humillación que afrontaba su alumno–. Ya lo ha oído. Al despacho del director, de inmediato.

Rick permaneció inmóvil un instante, sorprendido, por primera vez en su ajetreada trayectoria académica, de verse llamado a presencia del director. No había hecho nada que lo justificase, ni siquiera a ojos de aquellos dictadores. Abandonó su pupitre y recorrió el estrecho pasillo, nuevamente observado por todos.

El profesor le dirigió una última mirada, descaradamente burlona.

–¡No tenga prisa! –le dijo, mientras la puerta se cerraba tras él.

Ruth, que había visto brutalmente interrumpido su escarceo amoroso justo en el momento en que Rick la estaba contestando, lanzó un descorazonado suspiro. ¡Con el esfuerzo que le había costado y lo cerca que había estado! No podía volver a pedirselo. Si él no retomaba la conversación, sería, obviamente, porque no estaba interesado en la

oferta.

En su pupitre, Rick había dejado abierto el libro de matemáticas y un cuaderno sobre el que había garabateado un montón de signos geométricos en torno al problema de la pizarra. Ruth los apartó sigilosamente hasta dejar visible el texto que su amigo había grabado sobre la madera con el punzón de trabajar estaño. Le gustaba leerlo, pues delataba la auténtica forma de ser de Rick y lo mucho que tenían en común. Se basaba en un poema de Frost, y decía: *“Dos caminos se bifurcaron en un bosque amarillo, y yo, yo tomé de los dos el menos trillado.”*

Rick recorrió el largo trayecto hasta la otra ala del edificio, hastiado de su vida de colegial. Nada de lo que el director fuese a decirle le inquietaba lo más mínimo. Al fin y al cabo, ¿de qué podía quejarse esta vez? ¿De su pelo? ¿De su disidencia en la clase de religión? ¿De sus ausencias y su falta de atención? ¿De su desinterés por las actividades en grupo? Nada nuevo.

Llamó a la puerta, sorprendido por la voz femenina que surgía del interior. Por lo visto, el director no estaba solo. Al abrir apareció el familiar despacho ante él, pequeño, austero. Todo él líneas rectas y colores neutros que a Rick le producían una impresión fría y desagradable. Miró al director inquisitivamente desde el umbral.

–Adelante, Suarez.

La mujer era joven e iba bien arreglada. Vestía un traje de chaqueta de color rosa y se adornaba con una profusión de oro. A Rick le saltó a la vista un exceso de maquillaje que incluso podía olerse. No le gustaban tales máscaras. Ella se puso en pie, mirándole sonriente y complacida, y le ofreció su mano.

–Hola, Rick. Soy la doctora Suances. Amelia Suances –se presentó. Tenía una voz suave y amable.

–Suarez, tome asiento, por favor. La doctora Suances ha venido expresamente a verle a usted. ¿Adivina porqué?

El director le contempló serenamente, sentado al otro lado de la mesa. Era de baja estatura, regordete, de carácter generalmente templado.

–No tengo ni idea –le contestó Rick con un mohín irónico. ¿Sería posible que le hubiesen mandado una psicóloga de esas que se ocupan de los chicos “especiales”, de los casos perdidos?

–¿Recuerda los tests de inteligencia que les realizaron hace un par de meses? Yo sí. Eran optativos, fuera del horario escolar, y usted dio la nota, como acostumbra, negándose a hacerlos. Pero, por suerte para usted, los autocares se retrasaron a causa de la nevada y finalmente accedió a realizar el test para matar el tiempo.

–Lo recuerdo. No como usted lo ha explicado, pero lo recuerdo.

–Muy bien, pues parece que sus resultados fueron dignos de un genio, Suarez, completamente fuera de lo normal.

Rick le escrutó atentamente y después a la mujer, que continuaba observándole sin dejar de sonreír.

–No puede estar hablando en serio –dijo el joven, dirigiéndose a la doctora–. Sólo eran unos pasatiempos sencillos.

–¿De verdad te lo pareció así? –preguntó ella maravillada–. Obtuviste sesenta puntos más que el compañero que quedó en segundo lugar, y aun así su puntuación ya fue espectacular, Rick.

Él la contempló durante unos momentos y luego lanzó una breve risotada irónica.

–Supongo que ya estará al tanto de que mi sensacional coeficiente intelectual me consiguió tres suspensos la evaluación pasada.

La doctora agitó la cabeza.

–Es algo común entre los jóvenes superdotados el bajo rendimiento escolar, debido a

la falta de estímulos adecuados a su talento. Las explicaciones mil veces repetidas, los parones y retrasos producidos por la lentitud de los otros alumnos hacen que te aburras, que pierdas la concentración y el interés por las clases. Probablemente te entretengas durante ese tiempo con tu propia imaginación, creando historias, aislándote en mundos inventados. También es probable que las aptitudes sociales no sean tu fuerte. No encuentras mucho en común con tus compañeros, no te divierte lo mismo que a ellos, ni siquiera son capaces de comunicarse a tu mismo nivel. Cuando estás en su compañía debes esforzarte por ceñirte a su argot y al mínimo léxico de que hacen uso. Nada a tu alrededor es precisamente una fuente de estímulos, y es por eso por lo que estoy aquí, Rick, para ayudarte a llegar al límite de tu potencial, poniendo a tu alcance los medios adecuados.

Era difícil saber lo que pasaba por la cabeza de Rick en aquel momento. La miraba sin manifestar asentimiento ni negación, confusión o sorpresa.

El director decidió romper el silencio.

–¿La rebeldía y el gamberrismo también forman parte del cuadro, doctora? –ironizó.

–¡Yo no soy ningún gamberro! –le increpó el chico al instante.

La furiosa queja desconcertó al director por unos segundos.

–Suarez, no le consiento que emplee conmigo ese tono. Discúlpese de inmediato.

–No tengo porqué; es usted quien me ha insultado. Puede llamarme insolente, puede decirme que respondo a los profesores y que no soy fácil de conducir por su maldito carril de borregos, pero no soy ningún gamberro y no pienso quedarme callado como si lo admitiese.

En deferencia a la doctora, que comenzaba a manifestar cierto embarazo, el director se impuso templanza. Después de todo, no tenía pruebas en contra de lo que el chico decía.

La doctora decidió intervenir.

–Disculpe, señor director. Me gustaría mantener una pequeña charla informal con Rick, y creo que no es necesario que le importunemos más. Lo cierto es que ya tengo muy poco tiempo, y, aprovechando el día soleado y el bonito jardín de su colegio, estaba pensando que podríamos dar un paseo, si a Rick y a usted les parece bien.

Al director le pareció inteligente por parte de la doctora, pues en medio de la tensión que se había creado le sería imposible sacar nada en claro del chico. Por su parte, él estaría encantado de perderle de vista cuanto antes. Si la intención de la doctora era sacarlo de su colegio para siempre, no sería él quien le pusiese dificultades.

Pocos minutos después, Rick y la mujer caminaban sobre el césped bajo el cálido sol de mayo.

–Ahora que estamos solos puedes ser franco conmigo, Rick. ¿Qué te parece la idea de recibir educación junto a otras personas a tu nivel? Se acabaría el disimular tu inteligencia, el sentirte al margen de todo y de todos. Serías tratado como un adulto. Encontraríamos tus áreas de mayor talento y nos enfocaríamos en ellas. Vivirías en un entorno que se adapta a ti, y no al contrario, como hasta ahora.

Rick se rió.

–Una forma distinta de marginación. Un gueto para genios.

– Cuando salieras de eso que tú llamas gueto te esperaría un mundo de infinitas posibilidades. Mi oferta es lo mejor que puedes esperar de una sociedad enfocada a la producción de peones, que margina y pisotea a quienes podrían convertirse en líderes que cambiasen el estado de cosas. Quieren que seas un inadaptado durante el resto de tu vida. Que vivas asustado, solo, silencioso, conforme con tus dosis de pan y circo. ¿Es eso lo que tú quieres? ¿Conformismo, pan y circo, como todos ellos?

Rick cruzó los brazos sobre su pecho mientras andaban con lentitud.

–Mi único deseo es pasar inadvertido –reveló–. Eso es lo único que he querido siempre.

Ella le sonrió, dirigiendo una breve mirada a la franja morada de su cabello. Comprendiendo, él se encogió de hombros y declaró:

–No puedo evitar estas cosas. No deberían tener importancia.

–¿Has conseguido alguna vez pasar tan inadvertido como deseas?

–No –declaró él.

–Nunca lo conseguirás, Rick, y lo sabes. –Abandonaron la explanada de hierba y tomaron el camino que conducía a la salida de la escuela–. Necesitas más información. Acompáñame a mi coche, lo aparqué cerca. Te daré un montón de documentos para que puedas considerar la oferta detenidamente, junto a tus padres.

Tras pasaron la verja. Al otro lado había un gran aparcamiento donde se estacionaban los numerosos autocares que trasladaban a los alumnos desde sus hogares en la ciudad hasta el distante colegio. A aquellas horas estaba vacío. Doblaron a la izquierda, donde sólo podía verse una furgoneta negra.

–Dejé el coche un poco más allá, bajo un árbol con sombra.

Rick se introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y la siguió por inercia.

Entonces, al llegar junto a la furgoneta negra, sus puertas se abrieron con un súbito estruendo y de ella salieron dos hombres que se abalanzaron sobre la espalda de Rick. El muchacho percibió la humedad de un pañuelo impregnado de cloroformo aplastado contra su nariz y su boca. Trató de contener la respiración, pero era imposible cuando necesitaba luchar con todas sus fuerzas para desasirse. Los hombres le habían arrojado una especie de enorme manta cuyo interior era plateado, al igual que los materiales ignífugos que se emplean en los guantes de cocina y los trajes de los bomberos, e intentaban enrollársela alrededor del cuerpo.

–¡Cuidado! –gritó uno de los hombres–. ¡No dejéis que os toque!

–Tranquilos –dijo ella–. No es de primera generación.

Rick había logrado zafarse del pañuelo, que ahora yacía en el suelo pisoteado y cubierto de tierra, pero las involuntarias inhalaciones parecían haberle hecho algo de efecto. Sentía un cierto mareo y los hombres se le antojaban cada vez más fuertes. Se creía constreñido por docenas de brazos. Mientras seguía luchando, tratando vanamente de escapar, vio, aterrado, cómo la mujer abría su bolso y sacaba de él un enorme cuchillo.

–¡Sujetadlo! –ordenó ella a los hombres–. ¡Sujetadlo!

Y un instante después el cuchillo atravesaba su cuerpo.

Rick profirió un grito sordo que era a la vez de pánico y de dolor, y en seguida sintió quebrarse sus piernas, faltas de fuerzas para sostenerle. Amelia Suances extrajo el cuchillo de su carne con un tirón seco y el dolor se agudizó, pero la sangre comenzó a escapar tan rápidamente que pronto todo dejó de importar. Se dejó sostener por los hombres, mientras su conciencia desaparecía, y poco después percibió, envuelto en una bruma, cómo introducían su cuerpo desmayado en la furgoneta.

Las puertas de la furgoneta se cerraron tras el cadáver de Rick. Quedaban el silencio y un inmenso charco de sangre a los pies de sus asesinos.

–Era fuerte –dijo uno de los hombres–, pero, ¿estás segura de que era uno de ellos?

–Completamente –aseguró ella. Su voz era ahora diferente, firme, áspera–. Debía de ser de cuarta o quinta generación, puede que más, pero aun así un grave peligro.

–Podíamos haberle reducido. Teníamos que haberle sometido a más pruebas. Sólo porque un chico sea inteligente no significa que sea uno de ellos.

–Le sometí a un test para adultos superdotados ante el que el resto del colegio quedó en ridículo, Carl –respondió ella, molesta–, pero ese chico superó de forma

impresionante la mayor puntuación jamás conseguida. A sus catorce años su coeficiente intelectual era muy superior al de Einstein. Cumplía todo el perfil: rebelde, independiente, asocial...

–Sigo diciendo que eso no prueba nada –mantuvo Carl.

–¿Hubieras preferido esperar hasta verlo liderar el siguiente genocidio? –exclamó ella, incapaz de contener la creciente irritación.

–Lo que digo es que no pienso volver a participar en el asesinato de niños que podrían ser normales.

–¡Eh! Discutid eso más tarde –exigió el otro hombre–. Tenemos que largarnos.

Con sus zapatos, enviaron algo de tierra endurecida sobre la mancha de sangre, que apenas quedó disimulada.

Al poco, la furgoneta se alejaba del colegio.

–Vayamos a por el siguiente –dijo ella–. Esta vez nos esforzaremos por encontrar uno de primera o segunda generación. Uno que no ofrezca dudas a Carl.

En el asiento de atrás, Carl aún podía ver el inmenso charco de sangre extendiéndose bajo sus pies. Lo seguiría viendo durante mucho tiempo.

Capítulo 2

Un ángel caído en la melancolía

En lo alto de la colina, en la villa rodeada de mar y buganvillas de la pequeña isla mediterránea, un ángel llevaba una vida retirada y discreta.

No había nada entre las blancas paredes que delatase su naturaleza, ningún exterior ostentoso que llamase la atención sobre su presencia, y sólo ante los ojos más expertos habrían destacado las inequívocas señales.

El hogar era cálido, pero no austero, múltiples detalles delataban sus gustos hedonistas. Carecía de derroches sentimentales: una foto o retrato que le recordase a Juliette, a quién meses antes finalmente había dejado partir; una pieza de ropa o anillo que hubiese pertenecido a su hermano, cualquier evocación de lo compartido... Él no era humano: Ninguna reliquia le era necesaria. La villa probablemente quedase abandonada en breve tiempo. No se imaginaba a sí mismo volcando sus afectos en objetos inertes. Cuando se marchase, ningún rastro de su presencia permanecería en la casa. Todo ardería. Era su norma. Y sucedería pronto. Estaba cansado del lugar, y ya había sido visto por demasiados ojos. Ojos infantiles que ahora eran adultos sin que él hubiese envejecido un instante. Ojos que le hacían consciente del paso del tiempo. Aunque poco pudiera importarle a él tal concepto. Tenía ante sí la eternidad. Pero ninguna motivación para enfrentarse a ella.

En su terraza, excavada en la propia colina, había una pequeña piscina, una lágrima azul donde bebía la inusual cantidad de aves que abundaba en el exuberante jardín. Hasta el horizonte, antiguas y eternas como él mismo, intensamente azules como la mirada que perdía en ellas, las aguas, que solían ser tranquilas, hoy se agitaban furiosamente contra la costa. Contemplar su batir, rompiéndose en blanca espuma, probablemente iba a ser la mayor animación que conociese aquel día. Suspiró, consciente de que tampoco ésa sería la mañana en que diese el paso para cambiar su ánimo de los últimos meses, aunque apenas fuese capaz de reconocerse en el ente apático que se arrojaba, otra jornada más, sobre la tumbona.

Echaba de menos a Juliette. Lo reconocía. Ella había constituido un consuelo aceptable tras la marcha de Shallem, considerando que no cabía demasiado consuelo. La había llevado a lugares aún no hollados por el ser humano, le había descubierto rincones de ensueño, le había desvelado los pocos secretos que aún no conocía, todo con el fin de acallar sus quejas y lantos cuando le suplicaba la muerte. Finalmente hubo de atenderlas, siendo esto un sacrificio mayor para él que para ella misma, exactamente como sucede cuando un humano sacrifica a una amada mascota que sufre.

Llevaba apenas unos minutos tumbado cuando oyó sonar el timbre de la cancela. No tenía intención de abrir; nunca lo hacía. Solían ser las molestas crías humanas vendiendo lotería o cualquier surtido de baratijas absurdas. El timbre insistió, pero Cannat trató de abstraerse y pensar en otra cosa. Como le hicieran levantarse, no sabía si sería capaz de dejarlos con vida. No estaba de humor para tonterías.

Por desgracia, quien llamase no se daba por vencido. El timbre se había convertido en una eterna ráfaga desesperante, y, antes de transcurridos dos minutos, Cannat perdió la paciencia y saltó de su tumbona, encolerizado.

Se detuvo junto a la puerta de entrada y observó a través de una ventana adyacente. Junto a la verja de acceso al jardín, una figura miraba hacia la casa, imperativa y

exigente, segura de ser observada. La sorpresa primero y la duda después, le mantuvieron con la vista fija en la imagen durante unos segundos. Frunció ligeramente el ceño y dejó que sus labios se entreabrieran. Su visitante no le era desconocida. La había visto en más de una ocasión en compañía de alguno de sus hermanos. Siempre encontraba a alguien dispuesto a pagar el alto precio que requería por sus servicios, incluso por simple entretenimiento. Cannat había hablado escasamente con ella. Nunca hubiera solicitado los favores que ofrecía, ni se sentía inclinado a entablar relación con seres de su naturaleza. Aun así, y pese a que no acostumbraba recibir ni tolerar visitas, la curiosidad por saber que la habría llevado hasta allí le venció esta vez, y decidió abrir la cancela. Quitó los seguros de la puerta principal también y esperó, pensativo, a que su visita llegase, abriendo la puerta tan pronto se oyeron los pasos al otro lado. Cruzando las piernas y apoyando en el quicio un brazo extendido, se plantó en el umbral, observándola con atención.

Ella le miró de arriba a abajo, pues estaba desnudo.

–Disculpa mi aspecto –fingió excusarse él–, pero estaba tomando el sol.

Ella le sonrió con muy leve ironía. Conocía de sobra lo vanidoso de su naturaleza y su ausencia de pudor como para sentirlo ella.

–¿Para qué? –preguntó en un tono de voz suave y cálido–. Tú no puedes broncearte.

Él chistó y elevó los hombros, simulando sentirse contrariado por ese hecho.

–Sí, es el problema de ser inmutable y eterno.

La ironía en la sonrisa de ella se acentuó al contestar:

–No el único problema, ni tampoco parece que seas tan inmutable, cuando la marcha de los seres queridos te ha convertido en un alma en pena, y hasta tu mirada se ha vuelto melancólica.

La sonrisa de él se disipó casi por completo, para crecer de nuevo, fría y sardónica. Se cruzó de brazos. Ésa era la razón de la curiosa atracción y repulsión que sentía por ella: poseía el don de la sabiduría.

–¿Sabes que si hiciera lo que estoy pensando mi mayor problema consistiría en ir a buscar la escoba para recoger tus cenizas?

Ella dejó escapar una suave risilla sarcástica.

–Los dos sabemos que ni si te pasa por la cabeza destruir tan pronto tu única posibilidad de distracción del día –observó con su voz femenina y muy joven–. Estás deseando averiguar la razón de que me haya molestado en remover cielo y tierra para descubrir dónde estabas y venir hasta ti. Así que, por favor, déjame pasar. –Sus ojos negros, brillantes, le contemplaban sin temor, incluso con un cierto desafío–. Encontrarte no ha sido fácil. Ya no tenemos demasiado tiempo.

–¡Oh! ¿Por qué lo dirá? Me muero de la intriga –ironizó él, pero en seguida se apartó del umbral, e hizo un gesto para permitirle el paso.

Cerró la puerta mientras la observaba adentrarse en la casa. La melena oscura le caía en ondas hasta algunos centímetros por debajo de los hombros. Era menuda, extremadamente frágil a los ojos de un ángel, aunque la seguridad que expresaba con su cuerpo y su rostro tratase de desmentirlo. No era del todo humana, pero sí mortal.

La siguió por el pasillo que conducía al luminoso salón, abierto hacia la terraza. Ella se detuvo en el centro y se giró para mirarle. No sabía exactamente cuántos años tendría, pero conservaba una expresión adolescente, casi infantil. La ligereza de sus ropas acentuaba esa sensación: una floreada camiseta, unos finos pantalones de algodón beis y un bolso de tela vaquera. El aspecto de una joven común.

Él volvió a cruzarse de brazos, a cierta distancia de ella, esperando que comenzase a hablar. Ella lo hizo sin rodeos.

–Una bomba está a punto de estallar en una embajada. Morirán cientos de personas,

entre ellas un niño, un nefilim.

Él lanzó un esbozo de risa y echó a andar hacia la terraza, como si ya nada de lo que fuese a escuchar pudiese interesarle. Un nefilim, es decir, el hijo habido entre un humano (habitualmente una mujer), y un dios, conocido en algunas religiones como “ángel”. Concretamente, en los tiempos actuales, un ángel caído, pues eran mayoría absoluta en la Tierra entre los de su especie. No era de su incumbencia.

–No es mío –afirmó–, eso es seguro. Yo no creo nefilims. Busca a su padre o deja que muera. Me es indiferente.

Le había dado la espalda y se alejaba, y ella alzó la voz para preguntar:

–¿El único descendiente vivo de Shallem te es indiferente?

Cannat se detuvo para volverse a ella con una acre expresión. Su hermano Shallem, el ángel caído que había logrado el perdón de su Padre y regresado a Su Lado, mucho tiempo atrás había tenido hijos con Juliette.

–Sus hijos dejaron de existir cuando él regresó con nuestro padre.

–Es cierto, pero su hija Eve había tenido su propia descendencia con Kazbeel, y ésta le dio hijos y nietos y bisnietos, y así durante generaciones hasta llegar a ese niño, el único superviviente. En su aura aún resplandece la luz de Shallem. Y aún podrás verla. Si te das prisa.

–¿Por qué acudes a mí y no a alguno de ellos?

–Porque tú eres el único capaz de pagar mi precio. Porque eres el único de ellos en quien puedo confiar. Y porque sé que, tras una inicial reticencia, finalmente aceptarás, y, cuando llegue el momento, cumplirás tu palabra.

–¿Y tu precio es...?

–Un hijo. Un hijo tuyo, a quien harás inmortal.

Cannat lanzó una carcajada sincera.

–Ni hablar –se negó sin asomo de duda.

–Hoy lo engendrarás, y cuando nazca vendrás a mí y lo harás inmortal. Después no necesitarás preocuparte. Ni tan siquiera volver a verle. No robará un minuto de tu eternidad.

–Te lo he dicho, y todos lo saben: Yo no creo nefilims. Y menos de esa clase.

–Sí lo harás. Ese bebé está indefenso, sólo te tiene a ti. La bomba habrá explotado cuando tú llegues, pero, aunque a escasos minutos de la asfixia y del total derrumbe del edificio, lograrás sacarlo de allí con vida.

La forma en que la descripción brotó de sus labios logró que a Cannat le recorriese un escalofrío. No a causa de la visión del indefenso niño a punto de perecer, sino por la segura frialdad con que la profetisa había expuesto unos hechos que sabía seguros.

La observó con una expresión mezcla de lástima y temor.

–¿Cómo puede un ser casi humano soportar la existencia con un don como el tuyo? –le preguntó. Ella no contestó, ni él lo esperaba. En un tono de voz bajo, exento de burla, añadió–: Si estuviera obligado a escoger a alguien con quien engendrar para salvar mi propia vida, escogería incluso a una vulgar mujer antes que a ti, y ese don es la razón. No quiero ser el responsable de cargar a alguien con la existencia y ¿crees que le cargaría con eso? Lo siento.

Ella se acercó presurosa a él, situándose a su lado y asiéndose a su brazo izquierdo. Inmediatamente una sensación de calidez la sacudió, y, de golpe, se sintió consciente de la desnudez de él. Conocía a muchos ángeles, y no era el primero a quien veía desnudo, pero aquella hermosura, creada para ser contemplada por Dios, nunca podría dejarla fría o indiferente. No era ese el momento adecuado para deleitarse, ni tampoco el de apartarse de él, como alguna asustada zona de su ser le recomendaba. Su cabeza llegaba apenas al hombro del ángel, quien la miraba con una seriedad poco usual en él.

–Él no tendrá el don, te doy mi palabra de que Sé que no lo tendrá. Por favor, créeme. Lo único que quiero es un hijo a quien no tema perder. Sé que no sabes, aunque probablemente tampoco te importa, que existe una caterva de fanáticos humanos que lleva masacrando a los nefilims desde hace más de sesenta años. Ninguno de los tuyos hace nada para exterminarlos, aunque es a sus propios hijos a quienes están aniquilando. Dame un hijo que pueda defenderse y defender, si llegara el caso, también a los suyos.

–Podría ayudarte a buscar un padre mucho más apto que yo...

–¡No! Una de las razones por las que quiero que tú seas el padre es la misma por la que te niegas a serlo. ¿Qué humano hace esas consideraciones cuando decide crear un juguete que entretenga su tiempo o asegure su vejez? De alguien divino cabría esperarlas pero, ¿cómo exigiros las cuando ni siquiera tu padre las hace? Pero tú careces de egoísmo. El temor a su sufrimiento habla de ti como del mejor padre posible. Sé que estás aterrado de ser como Él, y eso evitará que lo seas.

–Dijiste que no robaría un minuto de mi eternidad.

Ella meditó, algo aturdida, mientras se miraban con fijeza. Dudaba de cuánta información sería él capaz de aceptar. Pero debía confiar en su visión, y por tanto debía confiar en él.

–Te mentí –confesó tras decidir sincerarse–. Cuidarás de él porque así lo escogerás libremente.

El ángel meneó la cabeza y se desasíó de ella.

–Te estás equivocando esta vez...

Ella no quiso insistir sobre aquello, decirle: “Tú sabes quién soy. Sabes que no puedo equivocarme”.

–Dale la vida ahora. No importa lo que hagas después. Tienes tiempo para decidirlo.

–¿Quién es su padre?

Ella pareció observarle como si la pregunta la sorprendiese. Tras unos instantes, le contestó:

–No logré averiguarlo.

El rostro de él se crispó de golpe.

–¿Me tomas por idiota? –vociferó. La cogió por los hombros y la sacudió. Ella gritó, con el semblante transmutado por la sorpresa y el miedo–. ¿Realmente eres consciente de quién soy yo?

Cannat la miraba con el ceño fruncido por el enojo, procurando controlarse a fin de no destrozarle los hombros. Ella estaba asustada por primera vez. El dolor que padecía era intenso y el azul de los ojos del ángel parecía haberse oscurecido como un mar enfurecido. Pese a todo, ella logró reponerse para contestar:

–Sí, sé quién eres tú. Tú eres el que estará a mi lado en mi último aliento. El único que defenderá mi vida.

Él agitó la cabeza, incrédulo, y la dejó libre.

–Ahora sé que estás loca...

–El tiempo lo dirá. Pero ahora debes comprobar si el niño de quien te hablo es quien afirmo. Sólo trasládame allí y compruébalo. Si no puedes ver brillar el aura de Shallem surgiendo de él, regresa y acaba conmigo. Pero primero dame lo que te pido. Después te diré dónde está.

Cannat se dio la vuelta perdiendo la mirada en el fragoroso mar. Aquel niño no hubiera tenido la menor importancia para él unos meses atrás. Era sólo un lejano descendiente de la semilla corpórea de Shallem. Tan sólo eso. Pero ahora era lo más cercano a él a lo que podía aspirar. Un recuerdo vivo en el que tal vez pudiese hallar un consuelo.

–No puedo pagar tu precio –insistió, sin embargo–. Esa criatura estaría aquí por mi

causa. Yo sería el responsable de cada segundo de su existencia. Si sufre, si es infeliz... Todo sería culpa mía.

–Shallem tuvo hijos. Y todo salió bien.

Cannat se volvió hacia ella con disgusto.

–¿Mintiéndolo otra vez? Pasaron su vida preguntándose por qué estaban aquí. Eran dos fieras enjauladas, solitarias. No se entendían con Shallem pese a ser partes de su propio espíritu, o quizá debido a ello. Y Shallem siempre tuvo sus prioridades. Dejaron de existir poco después de que él se largara ahí arriba. No podía hacerlo con su espíritu dividido. Debía recuperar lo que les había dado. No había opción, y ninguno pensamos mucho en ello. Y aún menos en quienes dejasen aquí.

–Será distinto con él.

–¿Él? Siempre él... ¿Y si yo no quisiera un *él*?

–Sé que será *él*. Pero debes darte prisa. Decide ahora, o será demasiado tarde. Apenas queda tiempo antes de que estalle la bomba –Cannat continuaba mirándola incapaz de darle la respuesta que deseaba. Ella trató de buscar más argumentos con los que convencerle. Tan sólo añadió–: Sólo tiene dos meses...

–¿Quién es su padre? –volvió a insistir él, con voz tranquila.

Ella desvió la mirada. Sabía que debía ofrecerle una respuesta.

–Alguien que no es digno de él. Te daré su nombre tan pronto cumplas la segunda parte de nuestro acuerdo. Lo juro. Sólo pretendo mantener tu curiosidad, para que recuerdes tu promesa.

Cannat la observó mostrando en su expresión claros síntomas de comprender que no era ése el motivo de que intentase ocultárselo. Pero, después de todo, fuese quien fuese quien le había concebido, no afectaba a la única razón por la que el niño le interesaba.

Cannat exhaló pesadamente, y después declaró:

–Si nuestro hijo tiene tu don, lo eliminaré. Si me encuentro incómodo con la situación, lo eliminaré. Si me causa molestias de cualquier género, lo eliminaré. En resumen y para no repetirme: queda a mi voluntad eliminarlo en cualquier momento y por cualquier razón. Luego, no pienses que es inmortal y que por ello puedes dormir tranquila. Su vida estará a mi merced, como la mía lo está a la de mi padre.

–Estoy de acuerdo con tus condiciones –se apresuró ella a contestar, dando unos pasos hacia él.

Él extendió su brazo señalando al interior de la vivienda, y le pidió:

–Entra.

Capítulo 3

El rescate

Los pasillos de la cuarta planta de la embajada se hallaban cubiertos de cadáveres aplastados por el derrumbe de techos y paredes, y de aire irrespirable formado por partículas de polvo, humo y sofocante calor. En diversos puntos se oían crepitar llamaradas cuya luz asomaba bajo alguna puerta o amenazaba tras las esquinas. Se escuchaban quejidos y súplicas provenientes de mujeres y hombres ocultos tras montañas de escombros o semiaplastados bajo el peso de muebles o puertas desvencijadas.

Cannat siguió las indicaciones de Laima, e ignorando cuanto veía, se detuvo junto a una puerta de doble hoja sobre la que un colorido cartel adornado con motivos infantiles indicaba: “Guardería”, y la abrió.

La densidad del polvo le hacía difícil discernir con claridad la posición de los niños cuyos llantos y gemidos llegaban hasta él. Los cristales de las ventanas habían estallado, y al abrirse las puertas se generó algo de corriente que incentivó las llamas.

La habitación tendría unos cuarenta metros cuadrados. A la izquierda de la entrada se hallaba la zona de juegos, sobre la cual se había derrumbado el techo. Por debajo de los escombros sobresalían varios cuerpos infantiles. La cabeza de uno descansaba sobre el libro de cuentos que había estado leyendo. Una niña aún sostenía entre sus dedos la tacita de juguete en la que minutos antes había bebido un invisible té. A la derecha había un corralillo para los más pequeños. Dentro, tres pequeños puestos en pie gritaban tratando de escapar; un cuarto, que lloraba sentado en el centro, había sido alcanzado por un cascote y tenía una brecha sangrante en la cabeza. Junto a la pared había una hilera de cunas para bebés. Una estaba volcada, y bajo ella podía verse un inerte y pequeño bultito rosa. En otra, un bebé con más suerte hasta el momento desgarraba sus pulmones con su llanto. Cascotes y polvo continuaban cayendo por diversos puntos, y el suelo de la habitación se había resquebrajado en la zona de juegos y amenazaba con derrumbarse.

A la izquierda, al fondo de la sala, junto a una de las ventanas y bajo el quicio de una puerta, el ángel descubrió una emanación de luz muy diferente a la emitida por los cuerpos de los otros niños. Se sorprendió ante la potencia del resplandor y se dirigió hacia él, ausente del entorno, aunque caminando cautelosamente para esquivar los cuerpos, muebles, juguetes y escombros.

De pronto se sintió sujeto por algo que le impedía avanzar. Algo que se agarraba a su pierna derecha como un ancla que le frenaba. Miró hacia abajo y vio a una niña de unos tres o cuatro años observándole en callada súplica. Las lágrimas habían trazado surcos blancos sobre el rostro cubierto de polvo. El pelo, enmarañado y ceniciento, escapaba de entre dos coletas que aún formaban suaves tirabuzones. Tenía sangre sobre el vestido, aunque no parecía suya. Cannat dio un tirón a su pierna para librarse de ella, pero entonces la niña se agarró con más ansia. Él lo intentó de nuevo, redoblando la fuerza, pero la niña se había enroscado con todas las fuerzas que el pánico le confería. Se vio obligado a agacharse y tomarla entre ambas manos, haciendo notable uso de sus fuerzas para lograr arrancarla. Los gritos de la niña, unidos a los del resto de supervivientes, provocaron un aluvión de polvo y pequeños cascotes que cayeron, a través del orificio abierto en el techo, sobre el propio ángel. Se libró de la niña sin

contemplaciones, lanzándola a un metro de distancia, para dirigirse rápidamente hacia la fuente de luz.

El resplandor emanaba bajo el cadáver de una mujer cuya espalda había sido atravesada por numerosos cristales. Cannat lo retiró con cuidado de que ni su peso ni posibles esquirlas pudiesen dañar al niño a quien protegía.

Bajo él apareció el bebé, quieto y silencioso. Sus ojos estaban cerrados y su pecho subía y bajaba con lentitud. Le quedaba poco tiempo de vida. Pese a ello, el resplandor de su aura era tal que Cannat lo contemplaba impresionado. Era obvio que Laima no le había dicho toda la verdad, pero tampoco le había mentido. Una parte minúscula del espíritu con que Shallem le había dado la vida a su hija había logrado pasar a su descendencia y sobrevivir por su cuenta, y continuaba intentándolo, firme, visible y desafiante, en el pequeño cuerpo.

El ángel lo cogió en sus brazos y se lo acercó al pecho. En sólo un instante el bebé comenzó a moverse, completamente sanado. El ángel lo separó de sí. El pequeño lo contempló con las llamas reflejadas en sus ojos, agitando vivamente sus brazos y sus piernas.

Cannat sonrió y se puso en pie con el niño.

A la izquierda de donde le había hallado vislumbró el cadáver de otra mujer, y un pequeño caniche, que ladraba pidiendo auxilio desesperado, asomada su cabeza a través del hueco de un bolso de transporte para perros. Cannat se acercó a él y se echó al hombro la correa del bolso, preparado para desvanecerse de allí, de regreso a casa.

Y entonces, justo en el instante en que el ángel desaparecía, la niña de los tirabuzones volvió a aferrarse a su pierna.

Laima vio surgir de la nada a los cuatro diferentes seres, justo en el centro del salón de la villa, donde esperaba a Cannat.

La escena era diferente a la que había esperado. Sorprendente. El ángel llevaba un bebé en los brazos, un perro al hombro y una niña enroscada a su pierna. Niña de la que intentaba liberarse con desesperación.

–¡Quítame esto! –suplicó a Laima, sacudiendo su pierna–. ¡Quítamelo!

Laima se acuclilló junto a la niña y trató de despegar sus brazos.

–¡Deja de sacudir la pierna! –pidió a Cannat.

Él se detuvo, cerrando los ojos y emitiendo un gruñido exasperado.

Laima comenzó a susurrar palabras cálidas y amables a la niña, cuyas lágrimas empapaban el pantalón de Cannat, y poco a poco logró separar sus brazos y sus piernas, hasta liberarle.

–¡Basura humana! –exclamó él, y en seguida se dirigió hacia el sofá, donde depositó con cuidado el bolso del perro, para poder contemplar al niño.

–¿Quién es esta niña? ¿Por qué la has traído? –le preguntó ella.

–Se pegó a mí en el último instante y no quise perder más el tiempo. Es igual. Deshazte de ella.

–¿Que yo me deshaga de ella? Devuélvela a las inmediaciones de la embajada. Es la única forma de que recupere a sus padres evitando que alguien pueda hacerse preguntas.

Cannat ya no la escuchaba. Estaba contemplando al niño, a quien sostenía con sus brazos extendidos.

La pequeña había cogido a Laima de la mano con las dos suyas, y lloraba asustada, con el rostro enterrado en su pierna.

–Por favor... –insistió Laima–. Yo no puedo hacerlo.

Cannat se volvió hacia ella con expresión severa, clavándole una dura mirada.

–Lanza a la maldita niña por el acantilado o devuélvela tú misma a la embajada,

pero si me vuelves a molestar por ella, te daré razones para arrepentirte. Y ahora, mira a este niño. ¡Míralo!

Cannat lo sostuvo frente a ella.

–Yo no puedo ver su aura –afirmó ella–, si es lo que me pides.

–Dijiste que podías.

–No es cierto. Te expliqué lo que tú podrías ver. ¿Acaso te ha defraudado?

El ángel, que estaba a unos metros de ella, de pronto se encontró a centímetros y su aliento alcanzó su rostro cuando, enfurecido, bramó:

–¡Dime ahora mismo quién es su padre!

Una copa estalló sobre el mueble bar. Los ventanales de la terraza, las cristaleras de la vitrina y todo lo almacenado en su interior, vibraron durante más de un minuto. Laima se tapó los oídos mientras la niña hacía lo mismo, gritando y huyendo hacia el exterior. El bebé también había estallado en llanto y Cannat pareció disgustado al no haberlo previsto. Lo acercó a su rostro y lo acarició con él, y el niño se calló de inmediato. Lo acurrucó contra su pecho, sosteniéndole la cabeza.

Este gesto dio valor a Laima para atreverse a destapar, lentamente, sus doloridos oídos. Mientras lo hacía, el ángel, en voz queda, tranquila, añadió:

–O haré que tu embarazo de media hora se convierta en un bonito recuerdo.

Ella recobró algo de su valor. Le devolvió una mirada seria, repleta de desafiante sinceridad.

–Estoy tratando de protegerle –afirmó–, y haré lo que sea necesario para conseguirlo. No voy a decirte quién es su padre, ni las razones por las que no te lo digo. Y si el precio que debo pagar por ello es perder a tu hijo o mi propia vida... ¡Vamos! ¡Adelante! ¡Tómalos ambos!

Él sacudió la cabeza.

–¿De cuál de mis hermanos crees que repudiaría a un hijo? Porque no hay ninguno –aseguró, intentando penetrar en sus pensamientos–. Ninguno.

–Entonces no hay razón para que le concedas tanta importancia.

–¿Por qué estás tan interesada en él?

–Conocí a su madre. Éramos amigas. Cometió el error de otras muchas y se enamoró de uno de vosotros. Eso la destruyó sin que yo pudiera ayudarla, pero le juré que cuidaría de su hijo.

El ruido de un bulto al caerse hizo girarse a Cannat. El perrito se había resbalado del sofá al tratar inútilmente de escapar del bolso en el que aún se hallaba encerrado, y ahora se debatía en el suelo, gimiendo. Cannat corrió hacia él y, tras dejar al niño sobre el sofá, abrió el bolso y le ayudó a liberarse.

–¿Qué pasa, pequeñita? –susurró, acercando a sus labios a la perrita para besarla–. ¿Te has hecho daño? Mira esta preciosa bolita de algodón, ¿no es lo más bonito de la creación?

Dulce, tierno, irreconocible, acariciaba las largas y sedosas orejas del caniche dejándose lamer por él, ajeno a la mirada de Laima, que seguía allí, en pie, contemplando la escena.

Ella aprovechó la ternura de la ocasión para observar:

–El bebé necesita un baño, Cannat, y leche especial.

–Sé lo que es un niño –respondió él acremente.

–Puedo ayudarte a preparar el baño, o ir a comprar la leche...

Cuando él volvió el rostro para mirarla, Laima supo que su periodo de gracia había finalizado, que cualquier tolerancia y afabilidad que el ángel le hubiese mostrado al principio era completamente irrecuperable.

Cannat se puso en pie y anduvo lentamente hacia ella, ausente en su grandeza de

todo rastro de la engañosa humanidad que le había posibilitado el dirigirse a él en términos de igualdad. Un ángel majestuoso se aproximaba a ella, imponente, y aunque haciendo sólo exhibición del mínimo de divinidad que un ser como ella requería para sentirse abrumado, una luz espléndida había comenzado a dibujar su contorno. Y Laima sabía muy bien que ésa era una grave señal de peligro.

Se situó junto a ella, tan cerca como lo había estado antes, y ella dio un paso hacia atrás.

–No pienses ni por un instante que confío en ti –le hizo saber. Su voz era suave, elegantemente modulada, embellecida por su dicción perfecta–. Sé que estás intentando manipularme, que lo has hecho ya, y que cada verdad que salga de tus labios lo hará acompañada de veinte mentiras. Estoy aquí desde el principio de los tiempos. Sé quién eres y lo que eres. He asistido a la creación de los seres que te hicieron posible, a cada paso de su evolución. Así pues, no continúes tomándome por imbécil, híbrido repugnante. Olvida cualquier plan que hayas hecho para este niño. Olvida la posibilidad de acercarte a él. Ahora sal de mi casa. Y no olvides llevarte contigo la basura que se ha escondido en mi terraza.

En los ojos de Laima se acumulaban rabia, frustración y dolor. Hubiera querido responderle un montón de cosas, decirle lo que opinaba de su sobrenatural arrogancia, pero era claramente consciente de que su momento no volvería. Cannat tenía al niño, como quería, pero además algunas preguntas insatisfechas por cuyas respuestas podía agradecer no estar siendo sometida a tortura. Probablemente por no malograr su embarazo. Pero éste no le interesaba a él lo suficiente como para que ella pudiese seguir tentado su suerte. No pudo sostener su mirada.

–Los perros sin raza somos más fuertes –no consiguió evitar murmurar, y se giró para salir a la terraza.

Sintió la fuerza del sol sobre la desnuda piel del rostro y los brazos, pese a que densas nubes oscuras comenzaban a cubrir el cielo. Recorrió la zona con la mirada. La piscina se hallaba un poco a su derecha; frente a ella, un mirador, y aún más a la derecha, extendiéndose hacia la parte frontal de la villa, se abría un jardín. La niña no había ido tan lejos. Sentada en el suelo, aterrada, oculta tras el gran macetón de un olivo, enjugaba sus lágrimas.

Laima se acercó a ella y se acuclilló a su lado. Acarició el cabello castaño claro, al que al sol arrancaba reflejos caoba, pese a la capa de polvo que lo cubría.

–Yo me llamo Laima –le explicó dulcemente–. ¿Cómo te llamas tú? Tengo que saberlo, para ayudarte a regresar con tu familia.

La niña la miraba sin comprender, y Laima repitió estas palabras en varios idiomas, hasta que por fin la vio mirarla con los ojos henchidos de esperanza. Los hipidos la impedían hablar, y Laima esperó pacientemente.

–¿Anna? –tanteó, para ayudarla–. ¿Christine? ¿María? ¿Emma? ¿Mónica?

–Lisbeth.

–¡Lisbeth! Qué bonito nombre. ¿Quieres venir conmigo, Lis?

La niña asintió, volviéndose hacia ella y permitiendo que la cogiese en sus brazos. Se dejaba hacer dócilmente, pero temblaba de miedo.

Laima atravesó el salón con ella en brazos. El ángel ya no estaba allí. Se detuvo un instante para escuchar el correr del agua y los preparativos del baño provenientes de una puerta en el cercano pasillo. Entonces Cannat regresó al salón. Se quedó allí, en el umbral, en silencio, con la misma expresión con que la había increpado minutos antes.

–Nueve meses –recordó ella en voz queda.

–Largo –le ordenó él.

Le estudió inquisitiva durante un instante, preguntándose por primera vez desde que

era muy niña si su visión habría fallado, si mantendría él su promesa, y después se marchó.

Capítulo 4

A su imagen y semejanza

El periodo de abatimiento de Cannat había finalizado. Ahora no le quedaba tiempo para la autocompasión y el aburrimiento. El niño le mantenía ocupado día y noche con sus exigentes demandas de alimento, higiene e incluso ocio.

Cannat se apañaba bien, y lo hacía sin quejas ni manifestaciones de hastío, pese a que la mayoría de las tareas le molestaban, disgustaban o repugnaban.

Tenía en casa cuanto le hacía falta: la cuna, que había instalado en el salón provista de un móvil con figuritas de colores y de la más suave lencería, alimentos infantiles, abundante ropa, materiales desechables y una gran cantidad de juguetes y entretenimientos para bebés.

El pequeño casi nunca lloraba. Era puntualmente alimentado sin necesidad de ello, se sentía siempre limpio y seco, se le sacaba al jardín donde se distraía contemplando las bellezas naturales por primera vez y sintiendo la calidez del sol, e incluso había probado el placer de sumergirse y jugar en las templadas aguas de la piscina. Por eso, las únicas ocasiones en las que el niño lloraba eran cuando su ángel no estaba al alcance de su vista, lo que rara vez sucedía.

Cannat ignoraba qué nombre le habría sido impuesto al niño, pero tampoco le importaba. A los pocos días de tenerle bajo su custodia, decidió que debía pensar en uno, y, partiendo del nombre de Shallem, se decidió por llamarle Sam. Su elección le hizo sonreír y le pareció muy adecuada, porque podía entenderse también como la abreviatura de Samael, que significa “*El veneno de Dios*”.

Cuando no estaba atendiendo las necesidades de Sam, solía meditar acerca de por cuál de sus hermanos habría sido concebido éste, y Samael, precisamente, era una de las más posibles opciones. Sin embargo, no podía encontrarle el sentido a que Laima tratase de proteger al niño de Samael, y menos aún a que le hubiese escogido a él mismo para tal cometido, pues nadie ignoraba que existía especial cariño entre los dos hermanos.

Samael creaba nefilims. Era sabido. Tal vez había sido el primero en hacerlo. En cualquier caso, venía haciéndolo desde que la mujer cobró aspecto apetecible a sus ojos. Miles de seres, perfectamente humanos en apariencia, descendían de él. En la gran mayoría el poder de su sangre se había disipado, generación tras generación, pero quizá en aquel momento viviesen decenas o centenares de descendientes en primer grado repartidos a lo largo y ancho del planeta. Los habría ancianos, jóvenes, niños, e incluso más bebés como Sam.

Y lo mismo podía aplicarse a gran parte del resto de sus hermanos.

Había quienes pensaban que a su Padre le disgustaba el que sus ángeles, al menos los que ahora quedaban sobre la tierra, engendraran con las mujeres, y ésta era la razón fundamental para que lo hiciesen. También había quienes dejaban al azar el que hubiese o no un nacimiento tras la relación, mientras que otros, como él mismo, lo evitaban.

En los albores los hubo que intentaron mejorar la especie imbuyéndola de su propia divinidad, viendo en esto un modo de redención. Pero, que él supiera, habían renunciado mucho tiempo atrás, considerando a su descendencia simples monos lampiños cuyos horribles instintos no podían eliminarse con tan pequeña dosis de instilación divina.

Había quienes hacían concebir a sus mujeres con un propósito, con distintas

finalidades. De entre estos, unos utilizaban a los hijos habidos como peones en complicadas tramas de odio o diversos juegos de estrategia, y otros los cuidaban y protegían, simplemente porque los amaban.

Dado este panorama, ¿qué podía tener de especial aquel niño? ¿De quién trataba Laima de defenderlo?

La otra cuestión que ocupaba el tiempo de Cannat era el nacimiento de su propio hijo. Odiaba a Laima por haberle forzado a aceptar crearlo, y en cuanto a instilarle un pedacito de su propia alma, requisito imprescindible para que fuese inmortal, era una cuestión que aún estaba por decidir. Las opciones eran varias: matar al niño, permitir que naciese sin más ventajas que las de cualquier otro nefilim o dotarle de la gracia que le situaría por encima de cualquiera que no hubiese sido creado del fuego, como él mismo y sus hermanos.

Era de considerar esa cuestión que Laima le había mencionado: los malditos fanáticos humanos asesinos de niños. A Cannat le hervía la sangre de ira sólo de pensar que Sam o su hijo pudiesen ser dañados por ellos. Los arrasaría con tanta furia que su padre enviaría a Miguel a por él. No había sido creado con grandes dosis de templanza, ni paciencia de estrategia para conseguir que los hombres se matasen entre ellos, pese a lo que sencillo que resultaba. Gran parte del peligro se evitaría si al menos su hijo fuese invulnerable a ellos, como Laima pretendía.

Fue dejando pasar el tiempo sin adoptar una decisión definitiva. Era impulsivo, nada estaría escrito hasta el último instante.

Fueron pasando meses y Cannat se despreocupó de tales pensamientos.

Sam había crecido y estaba sano y hermoso. Reía constantemente cuando Cannat estaba a su lado y gateaba por toda la casa en su busca en cuanto pasaba un rato sin verle.

Misteriosamente para él, Cannat aún no se había cansado de su compañía. No entendía el porqué, ya que el niño ofrecía una fuente inagotable de quehaceres pero muy escasa diversión. Sin embargo, el tiempo se le hacía breve cuando se tumbaba con él dormido sobre su pecho. Pronto andaría y hablaría, y podría enseñarle cosas y mostrarle el mundo, o al menos el ínfimo reducto de él al que se hallaba confinado. Aunque el proceso hasta ese punto era más lento de lo que hubiese querido.

Pasados siete meses, una mañana, Cannat oyó un insistente sonido agudo y repetitivo proveniente del exterior de su casa. Abrió la puerta y, sobre el felpudo, halló un pequeño paquete. Lo cogió y lo llevó al interior, donde procedió a desenvolverlo muy seguro de lo que contenía. Se trataba de un teléfono móvil, que, ya en su mano, insistía en ser descolgado. En la pantallita pudo leer: "Laima". Buscó en el aparato la forma de encenderlo, puesto que nunca había poseído uno, hasta que finalmente, al pulsar sobre una tecla verde, el sonido cesó.

Se llevó el teléfono al oído y preguntó secamente:

–¿Qué quieres?

Laima tampoco se extendió en deferentes preámbulos.

–Necesitaba una forma de avisarte cuando llegue el momento. ¿Cómo está el niño?

Cannat lo buscó instintivamente con la mirada. Sam gateaba por las inmediaciones de la piscina, sobre la cual Cannat había mandado instalar una red protectora.

–No lo sé –respondió al auricular–. Me harté de él y lo abandoné a la puerta de una iglesia –Cannat se dirigió al niño, conforme hablaba, y lo tomó en brazos–. Supongo que se lo habrán enjaretado a alguna pareja estéril. Ya verás cuando descubran que es el hijo del demonio.

Laima sonrió. Aquella salida implicaba que Cannat era feliz con la criatura, y, por lo

tanto, que ésta estaba a salvo.

–Sí –respondió ella–. Apuesto a que sí. ¿Qué nombre le has puesto?

–Samael.

Cannat escuchó atento a una reacción reveladora cuando Laima oyese aquel nombre, pero, sin tardanza ni matiz especial en su voz, ella contestó simplemente:

–Un nombre atrevido.

Sam se había abrazado a su cuello y enredaba sus manitas en los largos cabellos dorados. Cannat trató suavemente de liberarse y protestó en voz baja: “¡Sam!”. El niño se rió.

Laima vivía la escena al otro lado del hilo. No había errado al escoger a Cannat, pero ¿y al ocultarle la verdad?

–¿Quieres algo más? –preguntó Cannat al auricular.

Laima dudó durante algo de tiempo.

–Hay algo que debo contarte –decidió confesar–. Lo que querías saber.

Cannat frunció el ceño.

–He perdido el interés –respondió.

–Pero es importante que lo sepas. Estaba equivocada al ocultártelo –su voz se tornaba urgente, asustada–. Si te lo hago saber ahora, evitarás lo que va a suceder.

Él sintió cómo su estado de ánimo cambiaba aceleradamente, recorrido por una oleada de rabia e indignación. Sus malditas manipulaciones, sus malditas visiones, lo que fuesen, no quería saber nada de ellas. Templadamente, le contestó.

–No vuelvas a llamarme hasta que tu hijo esté a punto de nacer. En ese momento decidiré lo que hago con él. Si me molestas antes, ten por seguro que no estaré allí cuando nazca.

Y arrojó el teléfono contra el suelo.

El niño le miró sorprendido, casi acongojado, pues era la primera vez que presenciaba un acto de violencia. Él le devolvió una mirada tranquila.

–No es nada –le calmó.

Y después le besó.

La siguiente vez que sonó el teléfono, aún faltaban veinte días para la fecha que Cannat había previsto. No obstante, lo tenía encendido de forma preventiva y lo cogió sin dilación.

No escuchó la esperada voz de Laima al otro lado, sino sus gritos.

Oyó también golpes de muebles estrellándose contra el suelo, voces amenazadoras y los ruidos producidos por diversas personas que la pegaban e intentaban amedrentarla. Laima estaba siendo brutalmente maltratada.

Cannat miró hacia la cuna y valoró los riesgos de dejar solo al niño. Se encontraba dormido, y él no tardaría mucho. Laima estaba, sin duda, a punto de ser asesinada. Apenas un segundo después, Cannat se hallaba en su casa. Ella estaba caída en el suelo, intentando proteger su vientre de los golpes y patadas que dos hombres la infligían mientras la interrogaban:

–¿Dónde está el niño? ¡Habla! ¡Dónde lo escondéis?

Otro hombre y dos mujeres registraban cajones y armarios.

El ángel elevó sus brazos y al instante la cegadora luz de su fuego inundó la habitación. Hombres y mujeres se protegieron en vano los ojos y cayeron al suelo retorciéndose de dolor, ardiéndoles las entrañas.

Cannat intentó controlarse. Su corazón palpitaba de ira como no podía recordar. Temía que su cólera alcanzase a Laima, quien yacía inerte en medio de una riada de sangre y líquidos. Envuelto en el sonido de sus llamas y en la embriaguez de su propia

luz, se esforzó por comprender lo que sucedía. Laima había roto aguas torturada por aquellos seres. Ella y su hijo estaban a punto de morir.

Sus brazos descendieron lentamente y respiró, tratando de sofocar su furia. En el suelo yacían cinco cadáveres humeantes, calcinados, retorcidos sobre sí mismos. La habitación hedía a carne quemada.

En medio de un silencio absoluto se encaminó hacia Laima, sabiendo ya que estaba muerta. La tomó en sus brazos y buscó el dormitorio. Allí, la tumbó sobre la cama y le acarició la mejilla. Estaba cubierta de sangre por todas partes.

Observó su vientre abultado, el cual había logrado proteger a su hijo. Tenía que abrirlo, por repugnante que le pareciese.

Le levantó el vestido hasta debajo del pecho y dejó su cuerpo desnudo. Delicadamente, deslizó su dedo índice de arriba abajo sobre el vientre, y a su paso la carne se separó en dos mitades por entre las cuales brotaron densos líquidos. Cannat apenas podía mirar el interior, y ahora tenía que introducir ambas manos entre la masa templada y sanguinolenta, repulsiva, para extraer a la criatura. Lo hizo. El niño fue alzado, chorreante, amoratado, mantenido por un mínimo soplo de vida, y, roto el cordón que lo unía a su madre, inmediatamente, antes de que un alma indigna pudiese tomar posesión de su cuerpo, el ángel puso sus labios sobre la boca de la criatura y le regaló la pequeña dosis de divinidad que bastaría para crear su espíritu. Un alma propia, formada y modelada por el alma de un ángel. Un alma que pertenecería siempre al alma de Cannat, pero al mismo tiempo sería siempre independiente.

Cannat tenía la boca llena de sangre y restos de placenta cuando terminó, pero el pecho del niño subía y bajaba con potencia, sus diminutos ojos se habían abierto y se esforzaban por enfocar el mundo por primera vez, mientras las manos se le cerraban en diminutos puños.

Cannat se pasó la manga por la boca una y otra vez, incrédulo por el acto que había llevado a cabo ante la urgencia de la situación.

Cubrió el cuerpo de Laima con su vestido y le dijo:

–Tenías razón. Asistí a tu último aliento y traté de defenderte. Y por supuesto le di a tu hijo lo que pretendías. Pero no pienses que voy a hacer de él un guerrero que combata en ningún maldito tablero de ajedrez humano. Tu muerte ha sido vengada por quien fue concebido para impartir venganza, pero él no está aquí para vengarte a ti, ni a ningún hijo de Dios, o del hombre, o de ambos.

Después, Cannat echó la vista en derredor. Había cenizas por todas partes. Los cajones habían sido extraídos de los muebles y junto con lámparas, libros y pequeños objetos abarrotaban el suelo.

Buscó una toalla en el baño y envolvió con ella al recién nacido. Luego, tras una última mirada a la madre de su hijo, desapareció.

El lugar estalló en llamas no bien se desvaneció. No debía quedar un solo fragmento de los asesinos o de las pertenencias de Laima. Entre ellas podía haber alguna pista que llevase hasta él o hasta alguno de los otros, que plantease preguntas sobre la naturaleza de la propietaria... La destrucción total era una norma básica de seguridad, fácil de cumplir.

Pero, tan pronto Cannat se fue, tan pronto las llamaradas comenzaron a devorar las paredes de la casita, una niña muy pequeña abrió la puerta de su escondite, bajo el fregadero de la cocina, para escapar, una vez más, de la tragedia.

El incendio se había extendido hasta la cocina, las llamas impedían la salida, y Lisbeth gritó, atenazada por el pánico.

La ventana, sobre el fregadero, estaba demasiado alta para poder alcanzarla. Sin parar de gritar, Lisbeth acercó una silla y se subió a ella, y luego a la encimera. Allí,

abrió la ventana y, desesperada, se lanzó por ella.

Tuvo suerte de hallarse en un primer piso. Cayó sobre el césped y rodó por él durante varios metros. Luego, llena de dolores y magulladuras, se puso en pie y echó a correr, gritando, alejándose a la mayor velocidad que le permitían sus pequeñas piernas. El hombre, que la había visto arrojarse por la ventana, corrió tras ella y logró alcanzarla.

Lisbeth continuó gritando entre sus fuertes brazos.

Continuaría gritando mucho tiempo después.

Capítulo 5

Daniel aprende a cazar

Olivia Whitman, veinte años, activa, menuda, encantadora, compaginaba sus estudios de Veterinaria con las prácticas en el zoo de Madrid, donde llevaba cinco meses ejerciendo todo tipo de funciones sin rechistar y causando el asombro de sus compañeros y jefes debido a su insólita relación con los animales.

Era evidente para todos que Olivia había nacido con alguna clase de don que le permitía apaciguar a las fieras, colegir de alguna forma los motivos de las aflicciones que aquejaban a los animales enfermos o deprimidos y ser el polo magnético en que todo animal confluía. En general, Olivia no tenía preferencias demasiado marcadas, es decir, disfrutaba fijando su mirada en la intensidad de unos ojos de ofidio o felino tanto como acariciando el suave pelaje de un pequeño roedor de tímida expresión.

Sus habilidades causaban envidia y admiración, y, unidas a su entrega y eficiencia, le habían permitido adquirir responsabilidades impropias de su puesto que la hacían feliz y también le granjeaban la posibilidad de que a no mucho tardar pudiese optar a un puesto fijo en la plantilla.

Olivia se sentía orgullosa de sí misma y a menudo hacía gala de sus percepciones y habilidades como medio de hacerse notar entre sus semejantes. No veía nada malo en ello. A la gente le llamaba la atención, lo encontraba positivo y divertido y la apreciaban por ello. Ignoraba por completo que fuese una de las señales por las que la sociedad denominada *WahreMenschlichkeit* escogía a sus víctimas.

El doctor Coleman, sin embargo, sí lo sabía. La sociedad había extendido una amplia red, desde su nacimiento durante la Segunda Guerra Mundial, que alcanzaba cierto número de puntos clave, tal vez ni siquiera el diez por ciento de los deseados, pero, desgraciadamente para Olivia, gracias al responsable del bienestar de las aves rapaces, el zoo de Madrid era uno de ellos.

El doctor Coleman conocía la existencia de *WahreMenschlichkeit* desde que era un niño. Había recibido información e instrucción de boca de su padre y de su abuelo, quienes, al contrario que él, nunca habían recibido la bendición de poder participar en el exterminio de uno de aquellos hijos del mal.

Emboscada en la inocencia, Olivia Whitman esperaba la llamada de su Señor para alzarse contra la humanidad verdadera, junto a otros muchos de su estirpe. Él, Daniel Coleman, había sido escogido para librar al mundo de la amenaza de al menos uno de ellos. Se sentía orgulloso, pero, muy por encima de tal emoción imperaba un sentimiento de intenso odio. Miembros de su propia familia habían sido torturados y asesinados en campos de concentración a causa de seres como Olivia Whitman. Criaturas dotadas de poderes impensables, capaces de lavar en masa el cerebro de los hombres, de inducirles a crímenes atroces, al asesinato de millones de habitantes inocentes que pocas semanas antes eran ciudadanos comunes, vecinos e incluso amigos de sus torturadores. ¿Cómo era posible que alguien creyese que tal situación abominable podía producirse entre seres humanos sin la intervención de las fuerzas más oscuras? ¿Cómo era posible que tan poca gente hubiese comprendido la verdad? La sociedad a la que tenía el honor de pertenecer siempre había sido consciente de ello. Había luchado fieramente, logrando poner fin al horror, pero sin poder evitar el dolor y la pérdida de millones de seres inocentes. Ahora estaban advertidos, listos para impedir el

surgimiento de un nuevo brote. La maldad humana existía, eso era inequívoco. Quizá en aquel mismo instante una o decenas de personas estarían intentando nuevos pactos de horribles consecuencias para todos. Por eso, *WahreMenschlichkeit* debía mantenerse viva, debía seguir creciendo, cubriendo cada día mayor espacio, actuando en consecuencia con la ley del talión. Sin piedad. Cobrándose facturas del pasado pero, sobre todo, previniendo un genocidio que estaba llamado a alcanzar a toda la humanidad. Tal vez el apocalipsis.

Nadie hubiese sospechado que Daniel, que llevaba cinco años trabajando con ellos, demostrando siempre la máxima profesionalidad y cordialidad, pudiese ensoñarse en la planificación de un crimen mientras realizaba amorosamente un examen rutinario a las aves bajo su custodia. Y, desde luego, su víctima no lo hacía.

FIN DE LOS CAPÍTULOS DE MUESTRA.

Gracias por tu lectura.

Si te han gustado y deseas adquirir el libro completo puedes dirigirte a

<http://www.amazon.com/dp/B004LRP6KW>

o consultar más opciones en:

<http://www.angelesgoyanes.com>